

EL INEQUÍVOCO OLOR DE LA PLENITUD



EL CAMPEONATO NACIONAL DE 1937

En una escena memorable de la cinta *El Club de los Poetas Muertos*, su protagonista, profesor de Segunda Enseñanza (Robin Williams), sitúa a sus alumnos ante la foto de los estudiantes que integraron la clase de algún año, ya tan remoto, que resultaría más que improbable la supervivencia de algunos de los jóvenes que con atuendo deportivo sonríen desde ella. El profesor insiste en que aquellos jóvenes de la foto revelarán a sus alumnos un secreto trascendente, advirtiéndoles que deberán aguzar el oído para captar la revelación que llega desde aquella juventud ya distante, extinguida. Pero resulta inútil el respetuoso silencio de sus alumnos. Sólo el oído sutilmente entrenado de su profesor podrá captar el mensaje proveniente como de otra edad del tiempo y que en un susurro les advierte, en latín: *Carpe diem!* (¡Aprovechen el día!).

Alguna advertencia similar debió llegar de algún modo hasta Guantánamo, pues la intención de aprehender el curso de los días parecía signar todo el quehacer de una ciudad que alentaba ya, hacia 1937, la voluntad de inscribir en la vida de la nación, la huella singular de su pujante juventud.

CAMPEONATO DE ORIENTE

La fría noche del 12 de enero de aquel año que marcaría la memoria de la ciudad, vio salir presurosos de sus casas a los miembros de la nueva directiva del Club Atlético de Guantánamo. La junta que celebraron en las oficinas de un comercio cercano al Parque Martí culminó con la decisión de inscribir al equipo guantanamero en el Campeonato Provincial de Basket Ball, organizado por la Asociación Provincial de Cronistas Deportivos. Un grupo de jugadores expectantes, que desde horas tempranas conversaban

en el mayor parque de la ciudad, conoció, por el propio Pepe Vázquez Pubillones, quien presidiera la Junta, el acuerdo alcanzado y la composición definitiva del seleccionado guantanamero. Casi siete horas después, Pekín Font, desde la cuarta plana de *La Voz del Pueblo*, principal rotativo de la ciudad, hacía pública la determinación de inscribir a los “Tigres” en el torneo que definiría al campeón de la Región Oriental del país.

Los más madrugadores entre los muchos amantes del baloncesto en la ciudad conocieron entonces de la designación de Primitivo Gómez como nuevo “center” del equipo, y según la opinión generalizada de los más entendidos, la entrada del exjugador del Club *Vista Alegre* vendría a redondear el potencial ofensivo guantanamero, pues permitiría pasar al ala delantera a Pepín Pintado, reforzando el trabajo en esta área del artífice principal del ataque de los Atléticos: Rafael Castillo.

La línea defensiva de la maquinaria bélica guantanamera no cedía en méritos al empuje de sus artilleros, pues Fausto Salvent, “Wichy” Peinado, “Bebo” Rodríguez, “Tan-Tan” Vallejo y “Betico” Parúas sabían estructurar sobre el terreno, con destreza, y palmo a palmo, la más férrea de las defensas.

Sesenta y cinco años después, los guantanameros de memoria más extensa no acertarían a explicar la ausencia en el equipo de jugadores como Alberto Vázquez Pubillones, Bernardo Rodríguez o Rafael Parúas, a quienes sus recuerdos atribuían papeles protagónicos en una victoria que ya el tiempo transformó en leyenda. Posiblemente, en aquellos días ya lejanos, la conformación del seleccionado suscitara no pocas polémicas en la ciudad, y la ausencia de veteranos ilustres constituyera, para algunos, la brecha por la que podrían escaparse victorias, imprescindibles en partidos cruciales.

Muchos aficionados, sin embargo, apenas conocida la integración del equipo, consideraron que el coach designado, Dr. Alberto González Parra, tenía entre sus manos todo el talento necesario para traer, una vez más para el terruño, el Campeonato Provincial. Se trataba de un plantel con historia, y nadie en la ciudad podría olvidar que en un pasado reciente y de feliz recordación, la garra de los Tigres había dejado tendidos sobre la cruenta cancha incluso a rivales como el afamado quinteto del Vedado Tennis Club.

Entre la fe de la mayoría y el escepticismo de unos pocos, los ocho hombres seleccionados por la ciudad para hacerle sitio en la fama se aprestaban, con la convicción de los elegidos, a pagar escrupulosamente

la enorme cuota de entrega y sacrificios que el éxito siempre reclama.

Desde mediados de enero, a orillas de cada tarde y bajo la pupila exigente y conoedora de González Parra, la jornada laboral o el largo día estudiantil de los seleccionados culminaba en la esquina de Martí y Jesús del Sol, con una agotadora sesión de entrenamientos.

Eran los días más cruentos de los combates de Oviedo, y en tanto España era desgarrada por la Guerra Civil, la vida en Cuba, a cuatro años de la caída de Machado, parecía, al fin, transitar por mejores caminos. Mientras los líderes de la Constituyente llamaban a excluir de su seno recelos y antagonismos, el Frente Único Estudiantil en Guantánamo exponía a las autoridades educacionales y a la opinión pública local las razones para constituir en la ciudad el Instituto de Segunda Enseñanza...

La apacible ciudad, que se expandía próspera a orillas del río Guaso, parecía reservar todas sus beligerancias para las lides deportivas que se avecinaban.

A fines de febrero, con la misma puntualidad cósmica de las puestas de sol, decenas de fanáticos ávidos de confrontaciones épicas, concurrían, cada atardecer, a la cancha de la calle Martí, aquella que Pekín Font designara como “la guarida” de los Tigres.

Los azares del sorteo designaron a los Náuticos de Santiago de Cuba como primer rival de los Atléticos y a la hermosa ciudad de calles “verticales” como escenario de su primera confrontación.

DERROTA INICIAL

Apenas iniciado marzo, tuvo lugar este encuentro, del que emergieron victoriosos los santiagueros, en un partido al que las crónicas describen como un juego carente de brillo, con unos Tigres aletargados por muchos meses de absoluta inactividad competitiva.

ANTE HOLGUÍN, SE RECUPERAN

Tras la derrota inicial, el quinteto de Holguín representaba el escollo a superar, entonces, por los Atléticos, y como también el juego de los holguineros se había desmoronado ya ante el empuje de los invictos Náuticos, el partido que el sábado 13 de marzo se disputó a lleno completo en la ciudad de Guantánamo, supuso para todos, la tensión que generan los partidos cruciales.

El juego hermético de la defensa holguinera no daba margen a suponer un desempeño holgado de los atacadores guantanameros, pero cuarenta minutos después de iniciada la porfía, cuando el juez actuante decretó el final del tiempo reglamentario, los Atléticos de Guantánamo exhibían ventaja de seis puntos. Se

había materializado la victoria, y sólo entonces el doctor González Parra sintió que su respiración volvía a la normalidad, pese al abrazo férreo y jubiloso de sus ocho discípulos, determinados ya a hacer que contaran, para la historia de su ciudad, cada una de sus salidas a la cancha.

Desde su habitual cuarta plana en *La Voz del Pueblo*, la crónica deportiva del lunes 15 de marzo reseñaría: “párrafo aparte para Castillito y Pintado, que en la ofensiva brillaron a gran altura, ayudados eficazmente por el *guarding* de Salvent y el menor de los Parúas”.

CONTRA SANTIAGO: LA REVANCHA

En los techos de las casas que colindaban con la sede de los Tigres encontrarían acomodo parcial unos pocos de los muchos fanáticos que no pudieron ingresar al terreno el sábado 27 de marzo, cuando la pujanza ofensiva de los Atléticos resultó excesiva para unos Náuticos que vieron esfumarse su invicto, literalmente arrollados por el ataque de los Tigres. Pekín Pintado, con 14 canastas, resultaría el máximo anotador del partido, secundado por Rafael Castillo, mientras Salvent y Parúas anulaban la ofensiva rival.

Tras aquella victoria pudo reducirse, quizás a cero, el número de los que dudaban que los Atléticos podrían ganar el Campeonato de Oriente, pero sólo una persona en toda la ciudad se atrevió a vaticinar la conquista guantanamera de la corona nacional. La noche de aquel sábado de victoria, cuando los Atléticos eran agasajados en la espaciosa casa del doctor Fermín Peinado, su esposa, la señora “Nena” Espino, con un limitadísimo conocimiento de las complejidades del basket, pero con una fe inconmensurable en el arrojo de aquellos muchachos que viera crecer junto a su Wichy, advirtió a un Fermín, atribulado por los costos, que la fiesta mayor sólo llegaría a sus salones cuando los Tigres finalmente conquistaran la Copa de Cuba.

EL DECISIVO

El sábado 10 de abril, en partido disputado en cancha neutral, por la decisión del Campeonato de Oriente, la afición de Holguín, que respaldó todo el tiempo a los muchachos del Guaso frente a los Náuticos de Santiago de Cuba, no alcanzaría a escuchar en medio de la algarabía que desencadenó el presunto triunfo guantanamero, el silbatazo con que el árbitro Ludovico Bella decretó una falta doble por ambos equipos, casi simultáneamente con el anuncio de que el tiempo reglamentario se había agotado, justo cuando la pizarra indicaba 21 por 20, favorable a los Atléticos. Sólo la proverbial caballerosidad de los guatanameros pudo

restablecer la calma entre aquella afición que, a gritos, les pedía abandonar la cancha en señal de protesta. Parúas sería el encargado de cobrar la falta por los Tigres, y en medio de una tensa calma, que no alteró su pulso certero, el novato amplió a 2 tantos la ventaja de su equipo, y Santiago, ya sin opciones, renunció a efectuar su tiro adicional.

El lunes 12 de abril, la columna deportiva de Pekín Font saltó a la primera plana de *La Voz del Pueblo*, para dejar constancia histórica del triunfo y de la multitudinaria bienvenida que la ciudad ofreciera el domingo a los campeones de Oriente, que junto con el título, adquirirían el derecho a disputar frente al Villa Clara Tennis Club el Campeonato de Cuba

HACIA EL CAMPEONATO NACIONAL

El Villa clara Tennis Club llegaba a la disputa del título nacional luego de adjudicarse el triunfo en la zona Occidental, al derrotar al equipo San Carlos, representante del mejor baloncesto entre las escuadras siempre potentes y potencialmente favoritas de La Habana.

Después de aquel triunfo inobjetable, en el competitivo circuito Occidental, los jugadores y la dirección villaclareña debieron sentir que las dificultades mayores en el camino del liderazgo nacional habían quedado atrás. Quizás fuera esa la razón por la cual aceptaran jugar, íntegramente en Guantánamo, un *match* pactado a tres juegos, para dejar finalmente decidido el destino de la Copa en 1937.

EL PRIMERO... DE TRES

El sábado 24 de abril encontró al baloncesto definitivamente instalado en la primera plana de *La voz del Pueblo*. Para las 8:00 p.m. de aquella noche se anunciaba el primer juego de aquella serie que prometía colmar las expectativas de un público tan conocedor como apasionado.

La muy feliz y prolongada relación de la cinematografía mundial con una ciudad que se preciaba ya de estrenar una película cada día, conocería, aquella remota y todavía fresca noche primaveral, sus horas de mayor desventura. A las 7:45 p.m. de aquel sábado negro para los empresarios de cine locales, las atónitas taquilleras del Teatro “Fausto” y el Cine “Actualidades” llegaron a la comprensión de que disfrutarían de una noche de asueto retribuido. Diez minutos más tarde devolverían, siguiendo instrucciones del resignado propietario del “Fausto”, el importe de los dos únicos boletos que lograran vender desde que abrieran las taquillas para la función de las 7:00 p.m. El innegable encanto de Madeleine Carroll y todo el carisma de Gary

Cooper no consiguieron emular con el entusiasmo que suscitaban los Atléticos y el público guantanamero aplazó para momentos de mayor sosiego la premiere local de *El General murió al Amanecer*.

Minutos después de las 8:00 p.m., el árbitro Ramis lanzaba el balón a la disputa entre Anido, por Santa Clara y el *center* de los Tigres, Primitivo Gómez. El *coach* González Parra decidió apostar por la experiencia y, pese al desempeño de Parúas en el Campeonato, optó por enviar a la cancha a “Bebo” Rodríguez para acompañar en la defensa a Fausto Salvent, que recibió la encomienda de marcar sin treguas a “Ñico” Páez, la estrella de los visitantes. Castillo y Pintado comenzaron tempranamente el asedio del aro rival. Por cinco ocasiones, los disparos de probada eficacia de los delanteros orientales coquetearon veleidosos sobre el aro rival, para después alejarse, acompañados del desalentado clamor de las graderías. Pareciera que la mismísima adversidad, con su reconocida tenacidad había asumido la defensa de los campeones de Occidente.

Pero Rafael Castillo no estaba dispuesto a hacerle sitio, en su noche, a los destinos adversos, y al culminar el partido había llevado a la pizarra 13 de las 34 anotaciones que los Atléticos necesitaron para superar a Villa Clara. El férreo marcaje de Fausto Salvent había dejado en sólo dos canastas todo el potencial ofensivo de Páez, y cuando a fines del juego, su cuarta falta lo obligó a abandonar la cancha, había contribuido con 8 puntos al triunfo de los Tigres.

En la noche de aquel sábado, nunca olvidado, la ciudad se fue a la cama con el júbilo de las expectativas ya cumplidas. Junto al aroma de los churros y el chocolate degustado a media noche con el apetito feliz e inmune de los que triunfan, se respiraba en el aire público el inequívoco olor de la plenitud conquistada.

EL SEGUNDO JUEGO

El lunes 26 de abril, los discípulos de González Parra ingresarían a su sede inusualmente temprano, para el segundo juego del *match*, en aquella noche cargada de tensiones. Fueron abandonando sus casas en la medida en que se fue haciendo inútil andar y desandar sus corredores para engañar a la impaciencia. Sobre ellos gravitaba el peso del entusiasmo pero en el fragor del juego rudo disputado el sábado aprendieron el respeto por un adversario al que sólo podrían superar con una entrega exenta de triunfalismos.

Apenas pasadas las 8:00 p.m. el árbitro José Antonio Ramis libró a su suerte el balón que en los próximos

40 minutos se convertiría en el centro de todas las pasiones. Segundos después, los de Occidente tomarían la punta, por dos tantos, iniciando el *rally* que once minutos más tarde poblaría de silencio e inquietud las estridentes y confiadas gradas del comienzo. La probabilidad de una derrota guantanamera comenzaba a instalarse en los espíritus más optimistas entre sus parciales, cuando el *coach* González Parra abandonó su dignidad reciente de ganador sobrio para abalanzarse sobre la mesa solicitando a gritos un tiempo de descanso.

Las instrucciones que impartiera el *coach* guantanamero a sus atletas, aún hoy, constituyen uno de los secretos mejor guardados de la historia deportiva local. Lo que no pudo ignorar nadie, sin embargo, fue el significado de aquel puño levantado en alto, con que los envió de regreso a la cancha.

A partir de ese instante, fue absoluto el dominio que exhibieron Pintado y Primitivo, y la ofensiva de Castillo le valió, de nuevo, la condición de máximo anotador, mientras Vallejo y Salvent iban haciendo impenetrable su defensa, hasta que, pasadas las 10:15 p.m., el juez Ramis selló de un pitazo el destino victorioso de los Atléticos y decretó, simultáneamente, la apoteosis de un júbilo que saltaría de calle en calle hasta invadir, con la voracidad de los incendios, las horas que la villa habitualmente reservaba para urdir sus mejores sueños.

El miércoles 28 de abril, cuando ya la ciudad convalecía de aquella euforia explosiva y contagiosa, y regresaba tenaz a su laboriosa rutina, los nueve protagonistas de esta historia, que ya entonces comenzaba su ascenso a la leyenda, enfrentarían, para beneficio de la posteridad, el lente profesionalísimo de Fidel Aguirre, nicaragüense de origen, guantanamero por adopción, fotógrafo de profesión, antecesor ilustre de todo aquel basket que, finalmente, llenara con su esplendor la primavera jamás extinguida de aquel año que Guantánamo perpetuaría en su memoria.

Por muchos años anduve a la búsqueda de la foto que acompaña este texto. Me acerqué a ella con una carga, para nada explicable, de nostalgia, para descubrir que no había ya misterios que develar tras la expresión de plenitud en los rostros de estos jóvenes guantanameros que, en el abril ya remoto de 1937, consiguieron, como ningún otro equipo deportivo local lo hiciera antes, “aprovechar el día”. Ω